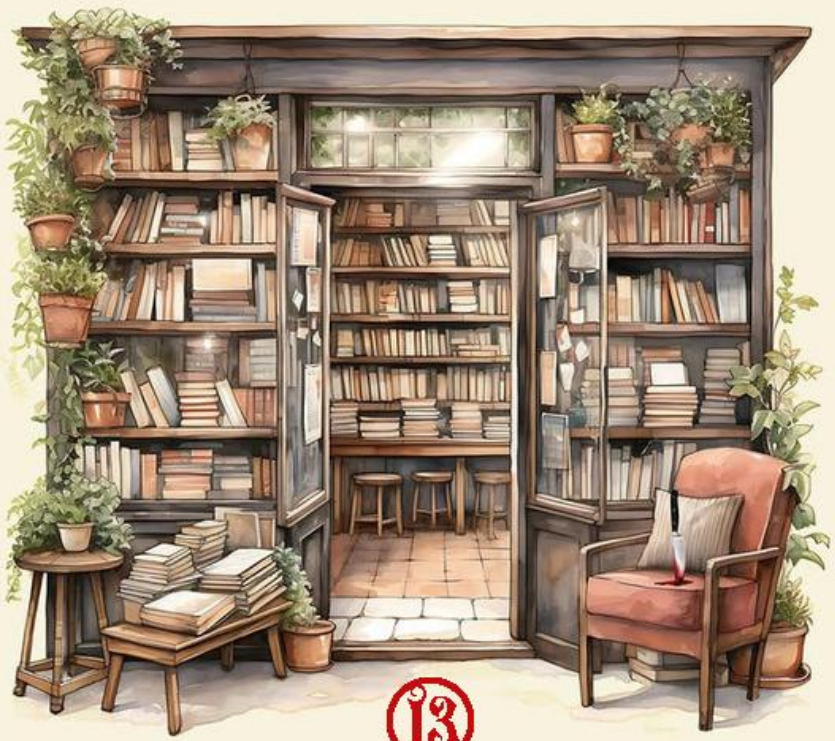
BIBLIOMISTERIOS

JOYCE CAROL OATES

MISTERIOS, S.A.



Una obra de la eterna candidata al Nobel de Literatura.

Identificado solo por el nombre falso Charles Brockden, el narrador de esta historia encuentra una selecta librería que despierta su interés: necesita con urgencia agregarla a su ya extensa colección cueste lo que cueste. Pero el dueño no se desprenderá fácilmente de su forma de vida.

Brockden decide elaborar un plan criminal para adquirir la librería sin que nadie sospeche de él, con un asesinato imposible de rastrear. Y está convencido de que tendrá éxito porque ya lo ha hecho antes.

Joyce Carol Oates

Misterios, S. A

Bibliomisterios

INSURGENTES

Título original: *Mystery, Inc.*
Joyce Carol Oates, 2014
Traducción: Ana Isabel Sánchez, 2024
Colección Bibliomisterios

-

Revisión: 1.0

22/01/2025

¡Estoy muy ilusionado! Porque, al fin, tras varios comienzos en falso, he elegido el escenario perfecto para mi bibliomisterio.

Se trata de Misterios, S. A., una preciosa y antigua librería de Seabrook, Nuevo Hampshire, un pueblo con menos de dos mil habitantes fijos que se asoma al océano Atlántico entre New Castle y Portsmouth.

Para quienes nunca hayan visitado esta legendaria librería, una de las joyas de Nueva Inglaterra, está situada en el histórico barrio de High Street, en Seabrook, por encima del puerto, en una manzana de casas adosadas de piedra rojiza renovadas con elegancia y originalmente construidas en 1888. Aquí encontramos los despachos de un arquitecto, de un abogado, de un cirujano dental; aquí encontramos tiendas y *boutiques*: artículos de cuero, una joyería de plata artesanal, la Tartan Shop, Ralph Lauren, Esquire Bootery. En el número 19 de High Street, un viejo letrero negro y dorado chirría al viento sobre la acera:

MISTERIOS, S. A. LIBREROS
Libros nuevos y antiguos,
mapas, globos terráqueos, arte.
Desde 1912

La puerta delantera, lacada en un rojo oscuro, no está al mismo nivel que la acera, sino varios peldaños por encima de ella; hay una amplia escalera de piedra y una barandilla negra de hierro forjado. De manera que, cuando te paras en la acera a mirar el escaparate, debes mirar hacia arriba.

Misterios, S. A. consta de tres plantas, todas ellas con ventanas en voladizo, que se iluminan de manera espectacular cuando la tienda está abierta a última hora de la tarde. En la planta baja, los libros se exponen en el escaparate con un (evidente) buen ojo para las encuadernaciones atractivas: ediciones forradas en cuero de clásicos del siglo XIX como *La*

piedra lunar y *La mujer de blanco*, de Wilkie Collins; *Casa desolada* y *El misterio de Edwin Drood*, de Charles Dickens; *Las aventuras de Sherlock Holmes*, de A. Conan Doyle; así como clásicos de la novela de misterio del siglo XX escritos por Raymond Chandler, Dashiell Hammett, Cornell Woolrich, Ross Macdonald y Patricia Highsmith, y unos cuantos contemporáneos populares estadounidenses, británicos y escandinavos. Hay incluso un título del que no he oído hablar jamás: *El caso de la mujer desconocida: La historia de una de las novelas de misterio más intrigantes del siglo XIX,* con una encuadernación que parece de hace décadas.

Cuando entro en Misterios, S. A. siento una punzada de envidia. Pero, un instante después, se ve sustituida por la admiración, pues la envidia es para gente mezquina.

El interior de Misterios, S. A. es aún más bello de lo que había imaginado. Las paredes están revestidas de paneles de caoba, con estanterías empotradas que van desde el suelo hasta el techo; a los estantes más altos se accede por medio de unas escaleras de mano de madera pulida con ruedecillas de latón en la base. El techo está formado por cuadrados de estaño elegantemente repujado; el suelo es de parqué, cubierto de pequeñas alfombras. Como soy coleccionista de libros —y librero—, me fijo en que los libros están expuestos de una forma muy atractiva sin que den la sensación de abrumar al cliente; veo que, con gran astucia, están colocados en posición vertical para atraer la vista; se consigue que el cliente se sienta acogido como en una biblioteca antigua, con sillones y sofás de cuero desperdigados sin método por la sala. Aquí y allá, contra las paredes, hay vitrinas con libros raros y primeras ediciones, sin duda encerrados bajo llave. Siento, en efecto, una punzada de envidia, puesto que de las librerías de misterio que poseo, en lo que considero mi modesto imperio de librerías de misterio en Nueva Inglaterra, ninguna tiene ni por asomo la clase de Misterios, S. A.

Además, son las ventas en línea de Misterios, S. A. las que suponen la competencia más seria para un librero como yo, que tanto depende de ellas…

Astutamente, he programado mi llegada a Misterios, S. A. para media hora antes de la hora de cierre, que los jueves es a las 19:00, cuando es poco probable que haya mucha gente. (Creo que solo hay unos cuantos clientes más, al menos en la planta baja, donde yo alcanzo a verlos). En esta época invernal, el anochecer ha comenzado a una hora tan temprana como las 17:30. El frío del aire es húmedo, así que tengo los cristales de las gafas

empañados por una fina película de vapor; los estoy limpiando con vigor cuando una joven dependienta con una melena dorada oscura que le llega hasta los hombros se me acerca para preguntarme si busco algo en concreto, y le contesto que solo estoy curioseando, gracias, «aunque me gustaría conocer al propietario de esta hermosa librería, si está en el establecimiento».

La atenta joven me dice que su jefe, el señor Neuhaus, está en la librería, pero arriba, en su despacho; si me interesan alguna de las colecciones especiales o los fondos antiguos, puede llamarlo…

«¡Gracias! Sí me interesan, pero, de momento, creo que solo echaré un vistazo».

Qué costumbre tan peculiar la de la «apertura de las tiendas». Es posible que Misterios, S. A. contenga cientos de miles de dólares en valiosos productos; sin embargo, la puerta no está cerrada con llave y cualquiera puede entrar desde la calle a una librería prácticamente desierta con un maletín de cuero en la mano y sonriendo con cordialidad.

Por supuesto, es obvio que soy un caballero, y eso ayuda. También soy, podría adivinarse, coleccionista y amante de los libros.

Mientras la confiada joven vuelve a su ordenador, en el mostrador de la caja, puedo deambular a mi aire por el local. Por descontado, evitaré a los demás clientes.

Me impresiona ver que las plantas están conectadas por una escalera de caracol y no por unas escaleras funcionales comunes; al fondo hay un pequeño ascensor que no me tienta, ya que sufro de una leve claustrofobia. (Que un hermano mayor sádico me encerrara de niño en un armario polvoriento es, con toda certeza, el origen de esta fobia que he conseguido disimular ante la mayoría de las personas que me conocen, entre ellas los empleados de mis librerías, que me veneran, creo, por ser un tipo de hombre franco, directo, sensato y ¡libre de cualquier tipo de compulsión neurótica!). En la planta baja de Misterios, S. A. hay libros estadounidenses; en la primera, hay libros británicos y en otros idiomas y Sherlock Holmesiana (toda una pared trasera); en la segunda, primeras ediciones, ediciones raras y colecciones encuadernadas en cuero; en la tercera, mapas, globos terráqueos y obras artísticas antiguas relacionadas con el caos, el asesinato y la muerte.

Estoy seguro de que es aquí, en la tercera planta, donde Aaron Neuhaus tiene su despacho. Me imagino que sus ventanas dan hacia el cercano Atlántico y que el despacho está maravillosamente pandado y amueblado.

Siento nostalgia de mi antigua costumbre de robar libros, hace décadas, cuando era un estudiante sin un céntimo y ansia de libros. La emoción del hurto y la excepcional recompensa, ¡un libro! De hecho, durante años mis posesiones más preciadas fueron los libros robados en las librerías de la Cuarta Avenida de Manhattan, que no tenían gran valor monetario, solo la satisfacción de haber sido robados. ¡Ah, aquellos días anteriores a las cámaras de seguridad!

Como no podía ser de otra manera, hay cámaras de seguridad en todas las plantas de Misterios, S. A. Si mi plan se lleva a cabo con éxito, sacaré la cinta y la destruiré; si no, no importará que mi retrato se conserve en la cinta durante unas semanas y luego se destruya. De hecho, voy algo disfrazado: esta barba no es mía y las gafas tintadas con montura de plástico negro que llevo son muy distintas a mis lentes habituales.

Justo antes de la hora de cierre, en Misterios, S. A. no quedan más que unos pocos clientes, cuya estancia en la librería pretendo exceder. Uno o dos en la planta baja; un individuo solitario en la primera, examinando con detenimiento las estanterías de Agatha Christie; una pareja de mediana edad en la segunda, en busca de un regalo de cumpleaños para un pariente; en la tercera, un hombre mayor observando las obras de arte de las paredes: reproducciones de unos grabados en madera alemanes del siglo XV titulados *La muerte y la doncella, La danza de la muerte* y *El triunfo de la muerte*;macabras litografías de Picasso, Munch, Schiele y Francis Bacon; reproducciones de *Saturno devorando a sus hijos, El aquelarre* y *Perro semihundido*, de Goya. (¡Qué lástima que entablar conversación con este caballero, cuyo gusto por las obras de arte macabro es muy similar al mío, a juzgar por su ensimismamiento en las *Pinturas negras* de Goya, suponga una imprudencia por mi parte!). Estoy, en efecto, admirado: es extraordinario que Aaron Neuhaus sea capaz de vender obras de arte tan caras en este rincón tan remoto de Seabrook, Nuevo Hampshire, en temporada baja.

Para cuando desciendo a la planta baja, la mayoría de estos clientes ya se ha marchado; el último está pagando una compra en la caja. Para esperar el momento oportuno, me acomodo en uno de los viejos sillones de cuero, que parece estar hecho casi a la medida de mis nalgas; es tan cómodo que juraría que es mío y no propiedad de Aaron Neuhaus. Cerca hay una vitrina que contiene primeras ediciones de novelas de Raymond Chandler, ¡todo un tesoro! Siento una verdadera comezón en los dedos en las inmediaciones de tales libros.

Estoy haciendo un esfuerzo por no sentirme resentido. Estoy haciendo

un esfuerzo por sentirme solo competitivo: ¡así son las cosas en Estados Unidos!

Pero es dolorosamente cierto: ninguna de mis seis librerías de misterio está tan bien surtida como Misterios, S. A. ni es tan acogedora para los visitantes; al menos dos de las adquiridas más recientemente están provistas de fluorescentes feos y prácticos que me provocan dolor de cabeza y me llenan de desesperación. Casi ninguno de mis clientes tiene un aspecto tan próspero como los de Misterios, S. A., y su gusto por la novela de misterio se limita sobre todo a los supervenías predecibles y estereotipados: nadie vería estanterías dedicadas a Ellery Queen en una de mis librerías, ni una vitrina entera de primeras ediciones de Raymond Chandler, ni una pared de Holmesiana. Mis mejores establecimientos poseen apenas unas cuantas primeras ediciones y libros antiguos y, desde luego, ¡no tienen ni una sola obra de arte! Al parecer tampoco soy capaz de contratar a empleadas atractivas, corteses e inteligentes como esta joven, quizá porque no puedo permitirme pagarles mucho más que el salario mínimo y, por lo tanto, no tienen reparos en dimitir de improviso.

En mi cómodo sillón, resulta gratificante escuchar la amistosa conversación entre el cliente y la joven dependienta, que se llama Laura, pues, si adquiero Misterios, S. A., sin duda querré mantener como empleada a la atractiva joven; si es necesario, le pagaré solo un poquito más de su salario actual para asegurarme de que no se va.

Cuando Laura queda libre, le pregunto si puedo examinar un ejemplar de la primera edición de *Adiós, muñeca*, de Raymond Chandler. Con cuidado, abre la vitrina y me saca el libro; la fecha de publicación es 1940, la sobrecubierta está en buen, si no perfecto, estado y el precio es de mil doscientos dólares. El corazón me da un pequeño vuelco: ya tengo un ejemplar de esta novela de Chandler, por el que, hace años, pagué una cifra mucho menor; hoy, en una de mis mejores tiendas o por internet, podría revenderlo quizá por mil quinientos dólares…

—¡Es fascinante! ¡Gracias! Pero tengo varias preguntas, así que me preguntaba si podría hablar con…

—Iré a buscar al señor Neuhaus. Él también querrá conocerle a usted.

Es un hecho invariable que, en las librerías independientes, los propietarios suelen querer conocer a los clientes como yo.

Al instante, ya estoy calculando: ¿cuánto pediría la viuda de Aaron Neuhaus por esta propiedad? ¿Cuánto vale esta propiedad realmente en Seabrook? Nuevo Hampshire ha sufrido a causa de la actual y prolongada

recesión que afecta a Nueva Inglaterra, pero Seabrook es una comunidad costera acomodada cuya población se multiplica por más de cuatro en verano, de manera que la librería podría llegar a valer nada menos que ochocientos mil dólares… Como he investigado un poco, resulta que sé que Aaron Neuhaus es dueño de la totalidad de la propiedad, que no está hipotecada. Lleva casado, sin descendencia, más de tres décadas; es de suponer que su viuda herede su patrimonio. Como ya he aprendido de experiencias anteriores, las viudas son a todas luces vulnerables a las ventas rápidas de propiedades; agotadas por las responsabilidades legales y financieras que siguen a la muerte del marido, están ansiosas de librarse de cargas, sobre todo si saben poco de economía y empresas. Salvo que tenga hijos y amigos que la aconsejen, una viuda particularmente desconsolada es capaz de tomar decisiones muy imprudentes.

Como sumido en un sueño, durante este tiempo he tenido entre las manos la primera edición de Raymond Chandler sin llegar a verla del todo. Se me ha ocurrido la idea: «Debo hacerme con Misterios, S. A. Será la joya de mi imperio».

—¿Hola?

Aquí está Aaron Neuhaus, plantado ante mí.

Me pongo enseguida en pie y le tiendo la mano para que me la estreche.

—¡Hola! Encantado de conocerle. Me llamo…

Cuando le ofrezco a Neuhaus mi nombre inventado, siento que una oleada de calor me sube por la cara. Casi temo que me haya estado observando desde cierta distancia, leyendo mis pensamientos más íntimos mientras no era consciente de su presencia.

«Me conoce. Pero… es imposible que me conozca».

Cuando Aaron Neuhaus me saluda con amabilidad, resulta evidente que el propietario de Misterios, S. A. no sospecha en absoluto de este desconocido que se ha presentado como «Charles Brockden». ¿Por qué iba a sospechar? No hay fotografías recientes mías y mi nombre inventado no es acreedor de ninguna reputación sospechosa; de hecho, mi nombre real como dueño de varias pequeñas librerías de misterio en Nueva Inglaterra tampoco es acreedor de ninguna reputación sospechosa.

Por supuesto, yo sí he estudiado varias fotografías de Aaron Neuhaus. Me sorprende que a sus sesenta y tres años tenga un aspecto tan juvenil y un rostro tan terso.

Como cualquier librero entusiasta, Neuhaus se muestra encantado de responder a mis preguntas sobre la primera edición de Chandler y su

extenso fondo de dicho autor; a partir de ahí, nuestra conversación deriva de manera natural hacia otros fondos de su librería que guardan relación con este: primeras ediciones de novelas de misterio clásicas escritas por Hammett, Woolrich, James M. Caín, John D. MacDonald y Ross Macdonald, entre otros. Neuhaus me dice, no con arrogancia, sino con sencillez, que posee una de las dos o tres colecciones más completas de obras publicadas bajo el seudónimo «Ellery Queen», además de novelas publicadas bajo otros seudónimos y las revistas en las que aparecieron por primera vez los relatos de Ellery Queen. Fingiendo ingenuidad, le pregunto cuánto valdría una colección así, y Aaron Neuhaus frunce el ceño y responde con evasivas que el valor de una colección depende del mercado y que no se atreve a concretar una cantidad fija.

Es una respuesta razonable. Lo cierto es que cualquier objeto de coleccionista vale lo que un coleccionista esté dispuesto a pagar por él. El mercado puede estar inflado o puede estar desinflado. Todos los precios de todas las cosas —al menos, los de las cosas bellas e inútiles como los libros raros— son intrínsecamente absurdos, están arraigados en la imaginación humana y en la tan humana predilección de ansiar con desesperación aquello a lo que otros le dan un gran valor y de despreciar lo que otros no valoran. A diferencia de la mayor parte de los libreros de esta época nuestra de penurias económicas, Aaron Neuhaus ha tenido un negocio tan rentable que no necesita vender en un mercado desinflado, sino que puede aferrarse a sus colecciones valiosas, ¡tal vez para siempre!

Estas también las heredará la esposa. Eso es lo que estoy pensando.

Las preguntas que le planteo a Aaron Neuhaus no son hipócritas, sino sinceras —a pesar de que suenen un tanto ingenuas—, pues me interesan mucho los tesoros de la librería de Aaron Neuhaus y siempre estoy deseoso de ampliar mis conocimientos bibliográficos.

Poco después, Neuhaus me está poniendo en las manos títulos como *Una bibliografía de la narrativa de misterio, 1749-1990; Malicia doméstica: Obras selectas de William Roughead, 1889-1949; Mi vida criminal: Memorias de un librero anticuario londinense (1957); La descomunal enciclopedia de la narrativa de misterio moderna*, y una antología editada por Aaron Neuhaus, *Las ciento una mejores novelas negras estadounidenses del siglo XX*. Conozco todos estos libros, aunque no he leído ninguno de ellos en su totalidad; *Las ciento una mejores novelas negras estadounidenses*, de Neuhaus, es uno de los libros más vendidos en la mayoría de mis establecimientos. Para halagarlo, le digo que quiero comprar su antología, además de la primera edición de

Chandler, «y quizá también algo más, ya que debo confesar que parece que me he enamorado de su librería».

Al oír estas palabras, un ligero rubor se extiende por el rostro de Neuhaus. Lo irónico es que son palabras del todo sinceras, aunque su fría intención sea manipular al librero.

Neuhaus le echa un vistazo a su reloj de pulsera, no porque tenga la esperanza de que se acerquen las siete de la tarde y la hora de cerrar la librería, sino, más bien, porque espera disponer de más tiempo para atender a este cliente tan prometedor.

Pronto, como hacen siempre los libreros, Aaron Neuhaus le preguntará a su más que prometedor cliente si puede quedarse un rato, tras la hora de cierre; podríamos pasar a su despacho para hablar con más comodidad y, quizá, tomar una copa.

Así ha funcionado en todas y cada una de las ocasiones. Aunque ha habido variantes y no siempre he tenido éxito en mi primer intento en todas las librerías —lo cual ha hecho necesaria una segunda visita—, este ha sido siempre el patrón.

«Anzuelo, anzuelo mordido.

Presa capturada».

Neuhaus enviará a su atractiva dependienta a casa. La última imagen que Laura conserve de su (¿amado?) jefe será agradable, y su recuerdo del último cliente del día —(el último cliente de la vida de Neuhaus)— será quizá vivido, pero engañoso. «Un hombre con la barba pelirroja, gafas con montura de plástico negro, de unos cuarenta años… O cincuenta… No era alto, pero tampoco bajo… Muy simpático».

Nadie sospechará de mí. Hasta las iniciales de latón de mi maletín —C. B.— se han elegido para despistar.

En algún momento de esta noche, Aaron Neuhaus será hallado muerto en su librería, con toda probabilidad en su despacho, por causas naturales, presuntamente de un ataque al corazón… si es que se hace la autopsia. (Se hará tarde y no habrá llegado a casa: su angustiada esposa llamará. Se acercará en coche hasta Misterios, S. A. para ver qué le ha pasado y/o llamará a emergencias para informar de un incidente mucho después de que el «incidente» haya expirado). No podría existir razón alguna para pensar que un cliente de apariencia normal que había llegado y se había marchado horas antes pudiera haber tenido algo que ver con una muerte así.

Aunque soy una persona del todo racional, me cuento entre los que creen que algunos individuos son tan intrínsecamente viles, tan odiosos, y

hacen del mundo un lugar tanto más desagradable que es casi nuestro deber erradicarlos. (Sin embargo, aún no he actuado según este impulso; mis erradicaciones están tan solo al servicio de los negocios, ya que soy una persona de mentalidad práctica).

No obstante, por desgracia para mí, Aaron Neuhaus es una persona muy afable, justo el tipo de persona que disfrutaría como amigo si pudiera permitirme el lujo de tener amigos. Habla con voz suave, pero es apasionado; lo sabe todo sobre la narrativa de misterios detectivescos, pero no es prepotente; escucha con atención y nunca interrumpe; se ríe a menudo. Es de estatura moderada, 1,75 o 1,80, solo un poco más alto que yo, aunque no pesa tanto. Lleva prendas de excelente calidad, pero algo raídas y mal combinadas: una americana informal de Harris *tweed* marrón oscuro, un chaleco rojo de cachemira sobre una camisa beis pálido, pantalones de pana marrón rojizo. En los pies, mocasines. En la mano izquierda, una alianza de oro sencilla. Luce una sonrisa que te desarma con su dulzura y que compensa, hasta cierto punto, un dejo frío y nórdico en su mirada verde grisácea, algo de lo que la mayoría de la gente (creo) no se percataría. Tiene el pelo de un gris acerado, escaso en la coronilla y rizado a los lados, y un rostro agradablemente juvenil. Lleva la espalda bastante recta, un poco rígida, como alguien que se la ha lesionado y se mueve con cautela para evitar el dolor. (Bien podría ser que nadie se fijara en esto, salvo alguien como yo, alguien que es muy perspicaz por naturaleza y que ha padecido episodios de dolor de espalda en sus propias carnes).

Por descontado, antes de embarcarme costa arriba en dirección a Seabrook, Nuevo Hampshire, en mi vehículo (de aspecto ordinario y modesto), con un maletín en el asiento de al lado y un plan para eliminar a un gran rival memorizado hasta el más mínimo detalle, llevé a cabo una mínima investigación sobre mi sujeto, que tiene la reputación, en los círculos de libreros y anticuarios, de ser una persona tanto amistosa como sociable y que, sin embargo, valora mucho su intimidad; se considera un poco perverso que muchos de los amigos varones de Neuhaus nunca hayan conocido a su esposa, que hace muchos años que es maestra en un colegio público de Glastonberry, Nuevo Hampshire. (Las invitaciones a cenar que los residentes en Seabrook dispensan a Neuhaus y a su mujer se rechazan de manera invariable «con pesar»). Se dice que la esposa de Neuhaus es su novia del instituto, a la que conoció en 1965 y con la que se casó en 1977 en Clarksburg, Carolina del Norte. ¡Tantos años de fidelidad a una sola mujer! Puede ser loable en muchos hombres, o puede denotar falta de imaginación

y valor, pero en Aaron Neuhaus me resulta exasperante, como su éxito con la librería, como si el hombre se hubiera propuesto hacer que los demás parezcamos pueriles.

Lo que más me molesta es el hecho de que Aaron Neuhaus naciera en una familia pudiente de Carolina del Norte en 1951; al haber heredado grandes propiedades en el condado de Clarksburg, Carolina del Norte, así como un dinero depositado en fideicomiso para él hasta los veintiún años, ha podido financiar su(s) librería(s) sin el miedo a la quiebra que nos persigue a los demás.

Neuhaus tampoco se vio obligado a asistir a una universidad grande, extensa y concesionaria de tierras como la mía, en el deprimente y llano Ohio, sino que fue a la prestigiosa Universidad de Virginia, con sus columnas blancas, donde se licenció en especialidades tan diletantes como Clásicas y Filosofía. Tras graduarse, Neuhaus permaneció en Virginia, donde obtuvo un máster en Literatura con una tesis titulada *La estética del engaño: raciocinio, locura y el genio de Edgar Allan Poe*, que acabó siendo publicada por la editorial de la Universidad de Virginia. El joven Neuhaus podría haber pasado entonces a convertirse en profesor universitario o en escritor, pero en lugar de ello optó por hacerse aprendiz de un tío suyo que era librero anticuario (famoso y muy respetado) en Washington, D. C. Por fin, en 1980, tras haber aprendido mucho de su tío, Neuhaus compró una librería en Bleecker Street, en Nueva York, y consiguió revitalizarla; en 1982, con la venta de esta librería, compró una tienda en Seabrook, Nuevo Hampshire, y la renovó y remodeló hasta transformarla en una librería elegante, de lujo y, aun así, «histórica» en la próspera comunidad costera. Lo único que he descubierto de Neuhaus como hombre de negocios es que es a la vez «pragmático» y «visionario», una contradicción fastidiosa. Lo que me molesta es que parece haber capeado crisis económicas que han llevado a otros libreros a la desesperación y la quiebra, ya sea como resultado de astutos tratos comerciales o —más probablemente— de la injusta ventaja que un librero independiente acomodado tiene sobre los libreros como yo, con un escaso margen de beneficios y miedo al futuro. «Aunque no odio a Aaron Neuhaus, no estoy de acuerdo con esa ventaja tan injusta, es contraria a la naturaleza». A estas alturas, Neuhaus podría haber quebrado, haberse visto obligado a pelear para ganarse la vida tras, por ejemplo, los huracanes que en los últimos años han devastado la costa atlántica y arruinado muchos pequeños negocios.

Pero, si Misterios, S. A. sufre daños por culpa de una tormenta o su

propietario pierde dinero, no importa: ahí está la «ventaja injusta» de los acomodados sobre los demás.

Quiero acusar a Aaron Neuhaus: «¿Cómo cree que le iría si nuestro "terreno de juego" estuviera nivelado, si no pudiera financiar su librería en tiempos difíciles, como no podemos hacer la mayoría de nosotros? ¿Cree que vendería litografías de Picasso en el piso de arriba o primeras ediciones de Raymond Chandler? ¿Cree que tendría unas estanterías desde el suelo hasta el techo tan bonitas, sillones y sofás de cuero? ¿Cree que sería este anfitrión tan ingenuo y atento que le abre la tienda a un depredador de barba pelirroja?».

A pesar de todo, es difícil indignarse contra Aaron Neuhaus, porque el hombre es afable a más no poder. Otros libreros rivales no han sido ni por asomo tan simpáticos o, si lo han sido, no se han mostrado ni tan bien informados ni tan sabios sobre su oficio, lo cual ha hecho que la tarea no me haya resultado tan dificultosa en el pasado.

Se me ocurre la idea: «¿Y si pudiéramos ser amigos? ¿Socios? Si…».

Son solo las siete de la tarde. No muy lejos, doblan las campanas de una iglesia, excepto que sea el ruido sordo de las olas que rompen en el Atlántico, a menos de medio kilómetro de distancia.

Aaron Neuhaus se excusa y va a hablar con su joven dependienta. Sin que parezca que estoy escuchando, lo oigo decirle que ya puede irse a casa, que esta tarde él mismo se encargará de cerrar la librería.

Justo tal y como lo había planeado. Aunque, claro, no es la primera vez que lanzo este anzuelo.

Como cualquier depredador, me siento entusiasmado: se produce una placentera oleada de adrenalina ante la perspectiva de lo que vendrá a continuación, casi con total seguridad dentro de menos de una hora.

¡El tiempo es esencial! Todos los depredadores/cazadores lo saben.

Pero también siento una punzada de remordimiento. Al ver la sonrisa que la joven rubia le dedica a Aaron Neuhaus, está claro que venera a su jefe, ¿qué quizá lo ama? Laura tiene unos veinticinco años, es posible que aún sea universitaria y trabaje a tiempo parcial. Aunque parece obvio que no hay intimidad (sexual, romántica) entre ellos, puede que admire a Neuhaus como hombre mayor, como presencia paternal en su vida; será terriblemente perturbador para ella si le ocurre algo a su jefe… Cuando adquiera Misterios, S. A., no me cabe duda de que querré pasar tiempo en esta librería. No es descabellado imaginar que quizá ocupe el lugar de Aaron Neuhaus en la vida de la joven.

Como nuevo propietario de Misterios, S. A., no llevaré esta barba rojiza erizada. Ni estas engorrosas gafas con montura de plástico negro. Tendré un aspecto más joven y atractivo. Me han dicho que me parezco al gran actor de cine James Masón… Quizá vista Harris *tweed* y chalecos rojos de cachemira. Quizá me someta a una dieta intensa, salga a correr junto al mar todas las mañanas y pierda siete kilos. Me compadeceré de Laura: «No conocía a tu difunto jefe, pero "Aaron Neuhaus" era el librero, y caballero, mejor considerado. ¡Lamento muchísimo tu pérdida, Laura!».

Sin duda, querré alquilar una vivienda en Seabrook, o incluso comprar una propiedad en este hermoso lugar. Hoy en día, me muevo de un lugar a otro, como un cangrejo ermitaño que ocupa los caparazones vacíos de otras criaturas marinas y no tiene un hogar fijo propio. Tras adquirir una antigua y casi legendaria librería de misterio en Providence, Rhode Island, hace unos años, viví en Providence durante un tiempo para supervisar el negocio, hasta que pude encomendarle la tarea a un gerente; después de adquirir una tienda similar en Westport, Connecticut, viví allí una temporada; más recientemente, he estado viviendo en Boston, intentando revivir una antaño prestigiosa librería de misterio en Beacon Street. Cualquiera pensaría que Beacon Street sería una ubicación excelente para una librería de misterio de calidad, y así es… en teoría; en realidad, hay demasiada competencia de otros establecimientos de la zona. Y, por supuesto, hay demasiada competencia de las ventas en línea, así como de la maldita e incalificable Amazon.

Me gustaría preguntarle a Aaron Neuhaus cómo lidia con el robo de libros, la plaga de mis establecimientos situados en áreas urbanas, pero sé que la respuesta sería turbadora: ¿por qué iban a necesitar robar los acaudalados clientes de Neuhaus?

Cuando el propietario de la librería regresa, tras haber enviado a la joven a casa, me pregunta con gran amabilidad si me gustaría ver su despacho, en el piso de arriba. ¿Y me apetecería un capuchino?

«Como ve, aquí no tenemos cafetería. Algunas personas me han sugerido que una cafetería contribuiría a las ventas de libros, pero me he resistido; me temo que soy demasiado anticuado. Sin embargo, para los clientes especiales sí tenemos café y capuchino… y de los buenos, se lo aseguro».

Por supuesto, estoy encantado. Mi agradable sorpresa ante la invitación de mi anfitrión no es fingida.

En la vida, hay depredadores y presas. Es posible que un depredador necesite un cebo, y es posible que la presa confunda el cebo con alimento.

En mi maletín de cuero hay un arsenal de armas sutiles. Es una obviedad que el asesinato más hábil es el que no se detecta como asesinato, sino solo como muerte natural.

Con este propósito, he cultivado las toxinas como la menos engorrosa y llamativa de las armas homicidas, ya que son, bien utilizadas, las más fiables. Soy demasiado escrupuloso para el derramamiento de sangre o para cualquier tipo de violencia; siempre he sido de la opinión de que la violencia es vulgar. Aborrezco los ruidos fuertes, y presenciar los estertores de muerte de un inocente sería traumático para mí. De ser posible, no estoy en absoluto cerca de mi presa cuando muere, sino a kilómetros de distancia, y horas o incluso días después. Nunca hay ninguna conexión aparente entre el sujeto de mi campaña y yo; por supuesto, soy demasiado astuto para dejar «pistas». En lugares casi públicos como las librerías, las huellas dactilares son generales y jamás podrían identificarse ni rastrearse; pero, si es necesario, dedico el tiempo que haga falta a limpiar mis huellas con un paño empapado en alcohol. No soy, desde luego, obsesivo ni compulsivo, pero sí meticuloso. Desde que comencé mi campaña (secreta, subrepticia) de eliminación de libreros rivales en la zona de Nueva Inglaterra hace nueve años, he utilizado: agujas hipodérmicas envenenadas; velas envenenadas; puros (cubanos) envenenados; jerez, licor y *whisky* envenenados; macarrones envenenados, y bombones envenenados, todo ello con distintos grados de éxito.

Es decir, mi campaña tuvo éxito en todos los casos. Pero varias requirieron más de un intento y pusieron a prueba unos nervios ya de por sí crispados por las angustias económicas. En un caso desafortunado, después de haber conseguido deshacerme del librero, los herederos del hombre se negaron a vender la propiedad a pesar de que les había hecho excelentes ofertas… Resulta exasperante pensar que uno ha gastado tanta energía en

un proyecto inútil y que una parte completamente inocente ha muerto en vano; tampoco tuve el valor de volver a aquella puñetera librería de Montclair, Nueva Jersey, y enfrentarme a los arrogantes herederos como se merecían.

El método que he elegido para despachar al propietario de Misterios, S. A. es uno que me ha funcionado bien en el pasado: trufas de chocolate inyectadas con un veneno raro extraído de una planta floral centroamericana que da frutos pequeños y rojos como arándanos. El jugo de estas bayas es tan tóxico que ni se te ocurra tocarlas por fuera; si el jugo te entra en contacto con la piel, te producirá quemaduras brutales, y si te entra en los ojos… el iris arde horriblemente y la consecuencia es la ceguera total. Para preparar los bombones, que inyecté con una aguja hipodérmica y mucho cuidado, me puse no uno, sino dos pares de guantes quirúrgicos; la operación se ejecutó en un sótano, en un lavadero profundo que luego pudo inundarse con desinfectante y agua caliente. Alrededor de tres cuartas partes de los bombones de lujo están inyectados con veneno y los demás permanecen intactos en su caja Lindt original, por si acaso el portador de los bombones de lujo se ve obligado a probar una parte de su regalo.

Se dice que esta toxina en particular, aunque es muy potente, apenas tiene sabor, y tampoco color perceptible a simple vista. En cuanto entra en el torrente sanguíneo y llega al cerebro, comienza un ataque virulento e irrevocable contra el sistema nervioso central: en cuestión de minutos, el sujeto comenzará a experimentar temblores y una parálisis leve; la conciencia se desvanecerá hasta sumirlo en un estado comatoso; poco a poco, a lo largo de un período de varias horas, los órganos del cuerpo dejan de funcionar; al principio despacio, luego con rapidez, los pulmones se colapsan y el corazón deja de latir; por último, el cerebro se queda en blanco y termina aniquilado. Si hay un observador, le parecerá que la persona afectada ha sufrido un ataque al corazón o un derrame cerebral; la piel se siente un tanto pegajosa, pero no febril; y no hay expresión de dolor ni de incomodidad, ya que la toxina es paralizante y, por lo tanto, clemente. No hay dolores de estómago desgarradores ni vómitos horribles como en el caso del cianuro o de los venenos que afectan a los órganos gastrointestinales; el contenido del estómago, si se hace la autopsia, no arrojará ninguna información. El depredador puede observar a su presa mientras ingiere la toxina y escapar con tiempo de sobra para no presenciar ni siquiera un malestar leve; se aconseja que el depredador se lleve consigo el regalo envenenado para que no haya detección. (Aunque este veneno en

concreto es casi indetectable para forenses y patólogos. Solo un químico que supiera con exactitud lo que está buscando en sus pruebas podría descubrir e identificar esta extraña sustancia). Las velas de lavanda aromática envenenadas que le dejé a mi única víctima femenina —una librera de New Hope, Pensilvania, de una coquetería irritante— tuvieron que obrar su oscura magia en mi ausencia y quizá enfermaran, o incluso matasen, a más víctimas de las necesarias… No deben dejarse atrás los puros envenenados sobrantes, claro, y hay que tener la prudencia de llevarse las bebidas alcohólicas envenenadas. Aunque es poco probable que se descubra el veneno, no tiene sentido ser descuidado.

Mi amable anfitrión, Aaron Neuhaus, me lleva a la tercera planta de Misterios, S. A. en un pequeño ascensor, situado al fondo de la tienda, que se mueve con la antigua lentitud de un ascensor europeo; respirando hondo e intentando no pensar en la terrible oscuridad de aquel armario en el que mi cruel hermano me encerró hace mucho tiempo, soy capaz de resistir un leve ataque de claustrofobia. Solo una fina película de sudor en la frente podría delatar mi angustia física en el caso de que Aaron Neuhaus se fijara con detenimiento; pero, con su talante cordial y ameno, me está contando la historia de Misterios, S. A.: «Una historia fascinante, de hecho. Algún día, debo escribir unas memorias al estilo del clásico *Mi vida criminal*».

En la tercera planta, Aaron Neuhaus me pregunta si adivino dónde está la puerta de su despacho, y al principio me quedo perplejo, mirando de una pared a otra, porque no hay ningún indicio evidente de la existencia de una puerta. Solo calculando, en términos arquitectónicos, dónde debe de estar la habitación extra, consigo adivinarlo con tino: entre las reproducciones de las *Pinturas negras* de Goya, colocadas con discreción en la pared, hay un panel que imita a la perfección los muros blancos de la habitación y que Aaron Neuhaus empuja hacia dentro con una sonrisa infantil.

«¡Bienvenido a mi sanctasanctórum! Abajo hay otro despacho, puramente funcional, donde trabajan los empleados. Muy pocos visitantes reciben una invitación para subir aquí».

Siento un escalofrío de algo parecido al espanto, y a lo delicioso del espanto, al pasar tan cerca de los iconos del infierno de Goya.

Sin embargo, el despacho de Aaron Neuhaus está iluminado con calidez y amueblado con gusto, como la sala de estar de un caballero rural inglés; incluso hay un pequeño fuego ardiendo en una chimenea. El suelo es de madera, en parte cubierto por una alfombra china vieja y desgastada, pero aún elegante. Una pared es toda libros, pero libros antiguos muy especiales

y bien conservados; otras paredes están llenas de obras de arte enmarcadas, entre ellas un óleo de Albert Pinkham Ryder que debió de servir de estudio para el famoso *Hipódromo (Muerte a lomos de un caballo blanquecino),* ese óleo de tonos oscuros, siniestro pero aun así hermoso, del más excéntrico de los artistas del siglo XIX. Desde la única ventana alta se ven, a poca distancia, las convulsas aguas del Atlántico, que a la luz de la luna parecen un papel de aluminio agitado: justo la vista del océano que me había imaginado que Aaron Neuhaus podría tener.

El escritorio del dueño de la librería está hecho de caoba oscura y resistente, con muchos cajones y casilleros; su silla es una silla giratoria anticuada, con un cojín carmesí desgastado. El tablero del escritorio está cómodamente abarrotado de papeles, cartas, galeradas, libros; sobre él hay una lámpara Tiffany con exquisitos cristales de colores y un cuervo de ébano tallado a tamaño natural, sin duda una réplica del Cuervo de Poe. (En la pared, encima del escritorio, hay un daguerrotipo de Edgar Allan Poe con un aspecto pálido y disoluto, los ojos melancólicos y el bigote mustio; la leyenda dice «Edgar Allan Poe. Creador de C. Auguste Dupin 1841»).

Como cabía esperar, Neuhaus utiliza plumas estilográficas, no bolígrafos; tiene una selección de lápices de colores y una goma de borrar anticuada. Incluso hay un abrecartas de latón con forma de daga. En un escritorio así, el ordenador de sobremesa de última generación parece fuera de lugar, como un monumento liso y sintético en un cementerio histórico.

«¡Por favor, siéntese, Charles! Pondré en marcha la máquina de capuchino, espero que el dichoso chisme funcione. Es muy italiano… Temperamental».

Tomo asiento en un sillón de cuero cómodo y raído frente al escritorio de Neuhaus, con vistas a la chimenea. He traído mi maletín con las iniciales de latón «C. B.» para ponérmelo sobre las rodillas. Neuhaus forcejea con su máquina de capuchino, que está en una mesa detrás del escritorio; prefiere el capuchino hecho con café boliviano y leche desnatada, dice. «Debo confesar una ligera adicción. Hay un Starbucks en la ciudad, pero su capuchino no se parece en nada al mío».

¿Estoy nervioso? ¿Nervioso de un modo placentero? En este momento, ¡preferiría una copa de jerez a un capuchino!

Tengo la sensación de que mi sonrisa es forzada, aunque estoy seguro de que mi anfitrión la encuentra afable, inocente. Una de mis estratagemas consiste en acribillar a un sujeto a preguntas para desviar cualquier posible

sospecha de mí, y Neuhaus disfruta respondiendo a mis preguntas, que son inteligentes y bien fundadas, pero no demasiado inteligentes ni bien fundadas. El librero no tiene la menor sospecha de que está tratando con un rival ambicioso.

Me está contando en tono de tristeza que todos los que lo conocían, incluido un tío librero anticuario de Washington D. C., pensaban que era una idea muy ingenua intentar vender obras de arte en una librería de Nuevo Hampshire. «Aun así, pensé en darme tres o cuatro años, a modo de experimento. Y ha salido sorprendentemente bien, sobre todo en cuanto a las ventas en línea».

«Ventas en línea». Son las que más merman las mías. Con mucha educación, le pregunto a Neuhaus qué porcentaje de su negocio se efectúa ahora por internet.

Parece sorprendido por mi pregunta. ¿Es demasiado personal? ¿Demasiado… profesional? Espero que la atribuya a la ingenuidad de Charles Brockden.

Su respuesta es curiosa: «En las obras de arte inútiles y bellas, como en los libros, los valores fluctúan de acuerdo con un algoritmo desconocido e impredecible».

Es una observación insólita, aunque evasiva. Me resulta en cierto modo familiar y, sin embargo, no consigo recordar por qué. Debo de estar sonriéndole como un tonto a Aaron Neuhaus, sin saber qué responder. «Inútiles, bellas… Algoritmo…».

Mientras espera a que se haga el capuchino, Neuhaus echa otro leño al fuego y lo aviva con un atizador. ¡Qué extraña gárgola, el mango del atizador! De latón deslustrado, es un diablillo sonriente y malhumorado. Neuhaus me lo muestra con una sonrisa:

—Lo compré en una liquidación de patrimonio en Blue Hill, Maine, hace unos cuantos veranos. Curioso, ¿verdad?

—Sí, desde luego.

Me pregunto por qué Aaron Neuhaus me habrá mostrado esa carita demoníaca.

¡Qué envidia siento desde que entré en este sanctasanctórum acogedor y, aun así, tan bellamente amueblado! Me resulta doloroso recordar mis propios despachos, funcionales y monótonos como son, sin el menor vestigio de sacralidad. Ordenadores anticuados, luces fluorescentes ubicuas, muebles sin encanto heredados de inquilinos anteriores. En mis librerías, el despacho también es muchas veces un almacén atestado de armarios

archivadores, cajas de embalaje, incluso escobas y fregonas, cubos de plástico y escaleras de mano, y un inodoro en un rincón. Por todas partes, pilas de libros que se elevan desde el suelo como estalagmitas. ¡Qué vergüenza me daría que Aaron Neuhaus viera alguno de ellos!

Estoy pensando: «No cambiaré nada de esta habitación tan bonita. Hasta las plumas estilográficas de su escritorio serán mías. Me mudaré sin más».

Viendo que tiene un visitante lleno de admiración y muy curioso, Aaron Neuhaus se muestra encantado de charlar sobre sus posesiones. El orgullo del librero acerca de las privilegiadas circunstancias de su vida casi carece de ego, es como el placer que podría sentirse ante cualquier entorno natural, como el océano al otro lado de su ventana. Junto al enorme y austero daguerrotipo de Poe, hay imágenes más pequeñas del fotógrafo surrealista Man Ray, de figuras femeninas desnudas en poses extrañas e incómodas. Algunas son torsos desnudos sin cabeza, muy pálidos, marmóreos como formas esculpidas. El espectador se pregunta con inquietud: ¿son seres humanos o maniquíes? ¿Son cadáveres humanos femeninos? Neuhaus me cuenta que las fotografías de Man Ray están extraídas de la serie *Trésor interdite* de este fotógrafo de los años treinta. «La mayor parte de la obra es inaccesible, está en colecciones privadas y nunca se ha prestado a museos». Al lado de las fotografías de siniestra elegancia de Man Ray, y muy distintas a ellas, hay imágenes de crímenes burdamente sensacionalistas obra del fotógrafo estadounidense Weegee, tomadas en los años treinta y cuarenta: retratos descarnados de hombres y mujeres en el punto crítico de su vida, golpeados, sangrando, detenidos y esposados, abatidos a tiros en la calle hasta quedar tendidos en el suelo, como un mafioso bien vestido, boca abajo sobre su propia sangre.

«Weegee es el artista más crudo, pero es un artista. Lo que destaca en ese tipo de arte "periodístico" es la ausencia del fotógrafo en su obra. No se comprende qué piensa el autor, si es que piensa algo, sobre esas personas condenadas…».

Man Ray, sí. Weegee, no. Detesto la crudeza, tanto en el arte como en la vida; pero, por supuesto, no se lo indico a Aaron Neuhaus, a quien no quiero ofender. El hombre muestra un entusiasmo tan infantil, presumiendo de sus tesoros ante un cliente potencial.

En una de las vitrinas de Neuhaus, resalta una colección completa de los numerosos volúmenes del famoso criminólogo británico William Roughead: «Todos los volúmenes están firmados por Roughead»; también

hay ejemplares encuadernados de las *pulp* estadounidenses de detectives *Dime Detective, Black Mask* y un ejemplar de *The Black Lizard Big Book of Pulps*. En estas revistas publicaron relatos grandes escritores como Dashiell Hammett y Raymond Chandler, me cuenta Neuhaus como si yo no lo supiera.

En realidad, me interesa más su colección de grandes obras de la «edad de oro del misterio»: primeras ediciones firmadas de John Dickson Carr, Agatha Christie y S. S. Van Dine, entre otros. (Algunas de ellas deben de valer más de cinco mil dólares cada una, diría yo). Neuhaus confiesa que sería muy reticente a vender su primera edición de *Estudio en escarlata*, de 1888, con sus cubiertas de papel originales (valorada en cien mil dólares), o una primera edición firmada de *El regreso de Sherlock Holmes* (valorada en treinta y cinco mil dólares); más reticentemente, su primera edición de *El sabueso de los Baskerville*, inscrita y firmada, con bellas ilustraciones de Holmes y Watson (valorada en sesenta y cinco mil dólares). Me muestra una de sus posesiones «de valor incalculable»: un ejemplar encuadernado del número de febrero de 1827 de la *Blackwood's Magazine*, que contiene el célebre ensayo de Thomas de Quincey *Del asesinato considerado como una de las bellas artes*. Y lo que es aún más impresionante, posee los cuatro volúmenes completos de la primera edición (1794) de *Los misterios de Udolfo* (valorada en diez mil dólares). Sin embargo, la joya de su colección, que nunca venderá, dice, a menos que necesite el dinero con desesperación, es la primera edición de 1853, con la tela original y el «retrato en sepia y formato tarjeta de visita del autor» de *Casa desolada* de Charles Dickens (valorada en setenta y cinco mil dólares), firmada por la mano fuerte y segura de Dickens ¡con una tinta que apenas se ha desvaído!

«Pero esto es algo que le interesará especialmente, "Charles Brockden"», dice Neuhaus con una risita mientras, con gran cuidado, saca de una estantería un libro muy antiguo, envuelto en plástico, con la encuadernación suelta y descolorida y las páginas muy amarillentas: *Wieland, o la transformación*, de Charles Brockden Brown, 1798.

¡Esto es extraordinario! Cualquiera esperaría ver un libro tan raro encerrado bajo llave en las colecciones especiales de una gran biblioteca universitaria, como la de Harvard.

Durante un instante, no sé qué responder. Casi parece que Neuhaus se esté burlando de mí. Ha sido imprudente elegir este nombre, supongo. «Charles Brockden». Si lo hubiera pensado, por supuesto que me habría dado cuenta de que a un librero le recordaría a Charles Brockden Brown.

Para disimular mi confusión, le pregunto a Aaron Neuhaus cuánto pide por este libro raro, y él responde: «"¿Pedir…?" No "pido" nada. No está en venta».

Vuelvo a no saber qué responder. ¿Está Neuhaus riéndose de mí? ¿Ha descubierto el engaño de mi nombre ficticio, así como el de mi disfraz? No creo que sea así, pues su actitud es amistosa; pero la forma en la que me sonríe, como si estuviéramos compartiendo una broma, me inquieta.

Es un alivio cuando devuelve el libro a su estante y cierra las vitrinas. Por fin, ¡el capuchino está listo!

Durante todo este tiempo, el fuego me ha estado dando calor… Demasiado calor.

La barba pelirroja que me cubre las mandíbulas ha empezado a picarme.

Las pesadas gafas de plástico negro, mucho más incómodas que mis preferidas de montura de alambre, me están dejando una marca roja en el puente de la nariz. Ah, estoy deseando arrancarme de la cara tanto la barba como las gafas con un grito de alivio y victoria dentro de una hora —o noventa minutos—, cuando salga de Seabrook en mi vehículo camino del sur por la carretera de la costa…

—¡Charles! Tenga cuidado, está muy caliente.

No en una tacita de capuchino, sino en una generosa taza de café, Aaron Neuhaus me sirve la amarga bebida recién hecha, con su deliciosa espuma de leche. El líquido es intenso, muy oscuro y está hirviendo, tal como me ha advertido. Me planteo si debería sacar de mi maletín la caja de bombones Lindt para compartirla con mi anfitrión o si es demasiado pronto; no quiero despertar sus sospechas. Si Aaron Neuhaus se come uno de estos potentes bombones —mejor dicho, cuando lo haga—, me convendrá marcharme cuanto antes, así que nuestra animada hora juntos llegará a un abrupto final. Tal vez sea una tontería por mi parte, pero casi estoy pensando… Bueno, no es muy realista, pero, de hecho, estoy pensando: «¿Por qué no podríamos ser socios? Si me presento como un coleccionista de libros serio, con un gusto infalible (si no con recursos ilimitados, como parece tener él), ¿no quedaría Aaron Neuhaus impresionado conmigo? ¿No le caigo ya bien… y confía en mí?».

Al mismo tiempo, mi cerebro sigue el curso más probable de los acontecimientos de forma pragmática: si espero a que Aaron Neuhaus entre en coma, podría llevarme conmigo una selección de sus tesoros, en lugar de tener que esperar hasta que pueda comprar Misterios, S. A. Aunque no soy un vulgar ladrón, ha sido emocionante ver en exposición unos objetos tan

raros; casi, en cierto sentido, como si mi despistada presa me estuviera tentando con ellos. Solo podría atreverme con varios de los artículos menos raros, ya que sería un riesgo innecesario llevarme, por ejemplo, la primera edición de Dickens valorada en setenta y nueve mil dólares: justo el tipo de error codicioso que podría ponerme en un aprieto.

—¿Suele venir mucho por aquí, Charles? No me parece haberle visto nunca en mi librería.

—No, no mucho. En verano, a veces…

Vacilo y se me entrecorta la voz. ¿Es posible que el propietario de una librería vea a todos los clientes que entran en su tienda y tome nota de ellos? ¿O estoy interpretando a Aaron Neuhaus de una manera demasiado literal?

—Mi exmujer y yo a veces visitábamos Boothbay, Maine. Creo que pasamos por este hermoso pueblo, pero no nos detuvimos. —Mi voz es algo dubitativa, pero a todas luces sincera. Continúo, sin pensar—: Ya no estoy casado, por desgracia. Mi esposa fue mi novia del instituto, pero me temo que no compartía mi predilección por los libros antiguos de gran valor.

¿Acaso es cierto algo de todo esto? Solo espero que tales palabras tengan alguna apariencia de verosimilitud.

—Hace tiempo que soy amante de los misterios, tanto en los libros como en la vida. Es maravilloso descubrir a otro entusiasta, y en una librería tan bonita…

—¡Cierto! Siempre es un descubrimiento maravilloso. Yo también soy amante de los misterios, por supuesto, tanto en la vida como en los libros.

Aaron Neuhaus se ríe con ganas. Ha estado soplando su taza de capuchino, que aún humea. Me intriga la sutil distinción de su comentario, pero necesitaría algo de tiempo para sopesarlo… Si es que se trata realmente de un comentario significativo y no de una simple broma.

Con aire pensativo, Neuhaus continúa:

—Es del profundo misterio de la vida de donde surgen los «libros de misterio». Y, a su vez, los «libros de misterio» nos permiten ver el misterio de la vida con mayor claridad, desde perspectivas que no son la nuestra.

En una estantería, detrás del escritorio del afable librero, hay unas fotografías que he intentado ver con más nitidez. Una, en un marco ovalado antiguo, es de una mujer joven, de pelo negro y extraordinaria belleza. ¿Es posible que sea la señora Neuhaus? Debe de serlo, porque en otra fotografía aparece junto a un Aaron Neuhaus más joven, ambos vestidos de boda, una pareja de lo más atractiva.

Hay algo profundamente desmoralizador en esta imagen: ¡una mujer tan hermosa casada con un hombre que no es tan distinto a mí! Por descontado (estoy haciendo cálculos rápidos, utilizándolos como punto de apoyo para proyectarme hacia una perspectiva nueva y objetiva), la joven novia ya no es joven y tendrá, como su marido, algo más de sesenta años. Sin duda, la señora Neuhaus sigue siendo muy guapa. No es imposible pensar que, en la época de desolación que seguirá a la pérdida de su marido, quizá la viuda no se muestre adversa, con el tiempo, a volver a casarse con un individuo que comparte tantos de los intereses de su difunto esposo y que se ha hecho cargo de Misterios, S. A. Otras fotografías, con toda certeza familiares, son menos interesantes, aunque sugieren que Neuhaus es hasta cierto punto «un hombre de familia». (Si tuviéramos más tiempo, le preguntaría por estas fotos personales; pero supongo que no me faltará mucho para averiguar quiénes son los parientes de Neuhaus).

En la estantería de detrás del escritorio de Neuhaus, también hay lo que parece ser una obra de arte casera —un árbol del tamaño de un bonsái (¿fabricado a partir de una percha?)— en la que se han colgado pequeños objetos; un anillo de sello de hombre, un reloj de pulsera de hombre, una hebilla de cinturón de latón, un reloj de bolsillo con una cadena de oro. Si no supiera que Neuhaus no tiene hijos, supondría que este «arte» de aficionado ha encontrado entre los tesoros del hombre un lugar que no parece merecer.

Por fin, el capuchino ya no quema tanto. Sigue estando caliente, pero es una exquisitez. Ahora desearía con todas mis fuerzas haber preparado una caja de macarrones, más apropiados en esta ocasión que las trufas de chocolate.

Como si acabara de recordarla, saco la caja de Lindt de mi maletín. Una caja sin abrir, le sugiero a Aaron Neuhaus, recién comprada y sin que falte ni un solo bombón.

(Es cierto que me resisto a abreviar nuestra fascinante conversación, pero… hay un deber que cumplir).

En un alarde de jocoso pavor, Neuhaus se tapa los ojos a medias.

—Trufas de chocolate, mis bombones favoritos… ¡y mis trufas favoritas! Gracias, Charles, pero… no debería. Mi querida esposa esperará que tenga suficiente apetito a la hora de la cena.

La voz del librero flaquea, como si esperara que le insistiesen.

—Un único bombón no cambiará nada, Aaron. Y su querida esposa nunca lo sabrá si no se lo dice.

Neuhaus es muy gracioso cuando coge una de las trufas de chocolate (de la primera fila envenenada) con una expresión culpable y a la vez de glotonería infantil. La olfatea con deleite y da la sensación de que está a punto de morderla, pero luego la deja sobre el tablero de su escritorio como de manera temporal, en un alarde de virtud. Me guiña un ojo como si fuéramos cómplices de una conspiración:

—Tiene toda la razón, mi querida esposa no tiene por qué saberlo. En el matrimonio hay muchas cosas que deben ocultársele al cónyuge, por su propio bien. Aunque quizá debería llevarle también una a ella… No le importaría darme otra, ¿verdad, Charles?

—Por supuesto que no, faltaría más, pero… coja más de una… Por favor, sírvase, claro.

Es desconcertante. Pero no hay manera de evitar tener que volver a ofrecerle la caja a Neuhaus, esta vez con cierta torpeza, dándole la vuelta para que elija una trufa de chocolate de una de las hileras de trufas no envenenadas. Y me comeré una con mucho apetito, para que Neuhaus se sienta tentado de comerse la suya.

¡Qué calor tengo! ¡Y cómo pica esta dichosa barba!

Como si acabara de pensarlo, Aaron Neuhaus se excusa para llamar a su esposa por un anticuado teléfono negro de disco, un talismán de otra época. Baja la voz por cortesía, no porque no quiera que su visitante lo oiga.

—¿Querida? Solo quería avisarte de que esta noche llegaré un poco tarde. Ha venido un cliente más que fascinante al que quiero tratar como se merece.

«Más que fascinante». Me siento halagado, aunque también me entristece.

Tal es la ternura con la que Neuhaus se dirige a su mujer que experimento una oleada casi abrumadora de compasión hacia él y hacia ella; y también, con más fuerza, una oleada de envidia y rabia. «¿Por qué se merece este hombre a esa hermosa mujer y su amor mientras que yo no tengo a nadie —ningún amor— en absoluto?».

Es injusto e indebido. Es intolerable.

Neuhaus le dice a su esposa que no llegará a casa, cree, al menos hasta las 20:30. De nuevo, me halaga que Neuhaus tenga tan buena opinión de mí: no tiene pensado despacharme hasta dentro de una hora. A otra esposa tal vez podría molestarle una llamada así, pero la bella (y misteriosa) señora Neuhaus no pone objeciones.

—¡Sí! Pronto. Yo también te quiero, cariño.

Neuhaus murmura sin pudor estas palabras íntimas, como quien no teme reconocer la emoción.

La trufa de chocolate, como el capuchino, está de verdad exquisita. Se me hace la boca agua en cuanto me la meto en la boca. Espero que Neuhaus devore la suya, como es evidente que desea hacer, pero de momento ha dejado las dos trufas intactas mientras sorbe el capuchino. Hay algo conmovedoramente infantil en esta dilación: aplazar un capricho, aunque solo sea un momento. No pienso permitirme pensar en la terrible posibilidad de que Neuhaus se coma la trufa no envenenada y le lleve la envenenada a su esposa.

Para evitarlo, puede que le ofrezca la caja entera para que se la lleve a su mujer. De ese modo, tanto el propietario de Misterios, S. A. como la individua que la heredaría a su muerte abandonarán esta tierra. Comprarle la tienda a otro heredero menos implicado a nivel personal podría resultar, de hecho, una estratagema más sencilla.

Le he preguntado a Aaron Neuhaus quiénes son sus clientes en este lugar apartado, y me cuenta que tiene una clientela «sorprendentemente fiel, obstinadamente leal» que acude a su librería desde lugares tan lejanos como Boston, incluso Nueva York, al menos cuando hace buen tiempo. Hay clientes locales habituales, y también están los veraniegos: «Misterios, S. A. es uno de los establecimientos más populares de la ciudad, solo superado por el Starbucks». Aun así, la mayor parte de sus ventas a lo largo de los últimos veinticinco años han sido pedidos por correo y en línea; los pedidos en línea son más o menos continuos, correos electrónicos de su «considerable cantidad de clientes extranjeros» que llegan durante la noche.

¡Eso es un golpe cruel! Estoy seguro de que yo no tengo ni un solo «cliente extranjero».

Sin embargo, es imposible ofenderse, porque Aaron Neuhaus no está alardeando, sino hablando con sencillez. Con abatimiento, pienso: «El hombre no puede evitar ser superior. Es irónico, debe ser castigado por algo que no es culpa suya».

Como mi hermano, supongo. Que tuvo que ser castigado por algo que no fue culpa suya: un alma mezquina, envidiosa y maliciosa respecto a mí. Aunque lamentaré el destino de Aaron Neuhaus, nunca lamentaré el de mi hermano.

¡Con qué admirable moderación continúa posponiendo Aaron Neuhaus comerse su trufa de chocolate! A estas alturas, yo ya me he tomado otra y él está preparando otras dos tazas de capuchino. La cafeína está ejerciendo un

efecto vigorizante sobre mi sangre. Como un entrevistador lleno de admiración, le pregunto a mi anfitrión de dónde procede su interés por el misterio, y Neuhaus responde que cayó bajo el hechizo del misterio cuando era niño, si no bebé. «Creo que tuvo que ver con mi asombro al asomarme desde la cuna y ver las caras que me miraban. ¿Quiénes eran? ¿Mi madre, de quien aún no sabía que era mi madre? ¿Mi padre, de quien aún no sabía que era mi padre? Esos individuos debían de parecerme gigantes, figuras míticas, como en la *Odisea*. —Guarda silencio, con una expresión de nostalgia en el rostro—. Nuestra vida es una odisea, es obvio, aventuras continuas y siempre inesperadas. Salvo que nosotros no volvemos a casa, como Odiseo, sino que nos alejamos de ella de manera inexorable, como el universo de Hubble».

¿Qué es esto? ¿El «universo de Hubble»? No tengo claro si entiendo del todo lo que Aaron Neuhaus me está diciendo, pero no cabe duda de que mi compañero habla con el corazón.

De niño, cayó bajo el hechizo de las novelas de misterio —la colección de «Power Boys Adventure», Sherlock Holmes, Ellery Queen, *El Bobo Wilson* de Mark Twain— y a los trece años ya había comenzado a leer a escritores de crímenes reales (como el estimado Roughead) que la mayoría de los lectores no descubre hasta la edad adulta. Aunque siente un amor profundo y perdurable por la narrativa *hardboiled* estadounidense, su amor eterno es para Wilkie Collins y Charles Dickens: «Escritores que no temen ni el papel que la casualidad desempeña en nuestra vida ni el melodrama desmesurado».

Eso es cierto. La casualidad desempeña en nuestra vida un papel mucho más importante de lo que nosotros (que creemos en el libre albedrío) deseamos admitir. Y el melodrama escabroso y desmesurado quizá sea una rareza en la mayoría de las vidas, pero es ineludible en un momento u otro.

A continuación, le pregunto a Aaron Neuhaus cómo llegó a comprar la librería, y me cuenta con una sonrisa nostálgica que fue un accidente —una «maravillosa casualidad»— que un día, mientras iba conduciendo por la costa para visitar a unos parientes en Maine, se detuviera en Seabrook: «Y allí estaba esta joya de librería, justo en High Street, en una hilera de preciosas casas antiguas de piedra rojiza. La tienda no estaba igual que ahora, sino un tanto deteriorada y descuidada, pero, aun así, tenía un intrigante letrero en la fachada: "Misterios, S. A.: Libros M. Rackham". En cuestión de minutos vi el potencial del establecimiento y de la localización y me enamoré de algo indefinible que flota en el aire mismo de Seabrook,

Nueva Hampshire».

Por aquel entonces, en 1982, Aaron Neuhaus era propietario de una pequeña librería especializada en narrativa de misterio, de detectives y de asesinatos en el West Village, en Bleecker Street; aunque trabajaba en la tienda hasta cíen horas a la semana, con dos ayudantes, se sentía agobiado a causa de la falta de espacio, los elevados alquileres e impuestos, los incesantes robos de libros y una clientela que incluía indigentes y yonquis que entraban en la librería en busca de un baño público o de un lugar donde dormir. Su mujer ansiaba marcharse de Nueva York y mudarse al campo —había estudiado Magisterio y estaba cualificada para dar clases, pero no quería enseñar en el sistema escolar público de Nueva York, y su marido tampoco deseaba que lo hiciera—. Así que Neuhaus tomó casi de inmediato la decisión de adquirir la librería de Seabrook, «si era humanamente posible».

Fue una decisión del todo impulsiva, dijo Neuhaus. Ni siquiera lo había consultado con su querida esposa. Sin embargo, fue inequívoca: «Como enamorarse a primera vista».

La hilera de casas de piedra rojiza de High Street era impresionante, pero «Misterios, S. A.: Libros M. Rackham» no lo era tanto. En el escaparate de la planta baja se exhibían los previsibles supervenías que se verían en cualquier escaparate de librería de la época, pero, en aquel caso, en medio de un surtido de moscas muertas; en el interior, la mayoría de los libros eran de bolsillo, comerciales, con cubiertas estridentes y poca distinción literaria. Las hermosas estanterías de caoba desde el suelo hasta el techo —una carpintería que habría costado una fortuna en 1982— ya estaban allí, el techo de estaño repujado, los suelos de madera noble. Pero, por lo que el joven librero alcanzó a ver, la tienda no ofrecía ni primeras ediciones ni libros raros o inusuales ni obras de arte; la primera planta se utilizaba como almacén y las dos plantas superiores estaban alquiladas. Aun así, el local gozaba de una ubicación ideal en la calle principal de Seabrook, con vistas al puerto, y parecía probable que los habitantes del lugar fueran en general personas acomodadas, cultas y exigentes.

No sería tan emocionante, quizá, como tener una librería en Bleecker Street, en el West Village, pero puede que la emoción sea una experiencia sobrevalorada si uno es un librero serio.

«Sin embargo, cuando llevaba unos minutos en la tienda, sentí algo… Una atmósfera de tensión, como el aire que precede a una tormenta. El lugar estaba casi desierto en un templado día de primavera. Se oían voces

altas en la parte trasera. Se acercó entonces el propietario, a toda prisa, para hablarme con la misma desesperación que un hombre que se está muriendo de soledad. Cuando me presenté diciendo que también era librero, en Nueva York, a Milton Rackham le faltó poco para apoderarse de mi mano. Era un caballero mayor, rollizo, melancólico, cuyo hijo adulto trabajaba con él, o para él. Al principio, Rackham habló con entusiasmo de sus libros favoritos, entre los que se contaban, como cabía esperar, las grandes obras de Wilkie Collins, Dickens y Conan Doyle. Luego empezó a hablar con más sentimiento de que había sido un joven profesor de Clásicas en Harvard que, junto con su joven esposa, que compartía su amor por los libros y las librerías, decidió abandonar el "estéril y ensimismado" mundo académico para cumplir el sueño de su vida: comprar una librería en una ciudad pequeña y convertirla en un "lugar muy especial". Por desgracia, su amada esposa había muerto al cabo de solo unos años y ahora su hijo soltero trabajaba con él en la tienda; a lo largo de los últimos tiempos, el hijo se había vuelto "introvertido, atormentado, imprevisible, extraño: una personalidad taciturna"».

A Neuhaus le sorprendió, y también le causó cierto apuro, que el librero le hablara con tanta franqueza a un desconocido sobre aquellos asuntos tan personales y dolorosos. Y el pobre hombre hablaba de forma inconexa e infeliz, bajando la voz para que su hijo, corpulento y con coleta (al que Neuhaus entreveía colocando libros en las estanterías de la parte trasera de la tienda con una vehemencia particular, como si estuviera arrojando ganado a cubas de agua hirviendo y humeante), no lo oyera. En un susurro ronco, Rackham informó a Neuhaus de que pronto intentaría vender la librería «Al comprador adecuado».

«Verá, estaba totalmente atónito. Pero también… emocionado. Porque ya me había enamorado del hermoso y antiguo edificio de piedra rojiza, y allí estaba su propietario, anunciando que estaba en venta».

Neuhaus sonríe con una expresión de nostalgia agridulce. Es envidiable que un hombre pueda echar la vista hacia atrás y presentar los episodios cruciales de su vida no con dolor ni pesar, ¡sino con nostalgia!

A continuación, el joven visitante invitó a Milton Rackham a hablar en privado con él, en su despacho —«No en este: el despacho de Rackham estaba en la planta baja, un cuchitril de habitación que contenía un único mueble grande y sólido, este mismo escritorio de caoba, en medio de un caos de libros, galeradas, cajas, facturas y recibos sin pagar, bolas de polvo y desesperación»—, sobre la librería, acerca de cuánto podría costar con o sin

hipoteca, cuándo se pondría a la venta y en cuánto tiempo podría tomar posesión el nuevo propietario. Rackham blandió una botella de *whisky* y sirvió un par de copas en vasos «empañados»; buscó y al final encontró un paquete de celofán con caramelos rancios con sabor a fruta que ofreció a su invitado. Era doloroso ver cómo le temblaban las manos. Y alarmante notar que el humor del anciano pasaba de la amargura a la euforia, de la ansiedad al regocijo, mientras charlaba animadamente con su joven visitante, a menudo interrumpiéndose con carcajadas, como alguien que lleva mucho tiempo sin hablar con nadie. Le confesó a Neuhaus que no le confiaba a su hijo «Ni nuestras cuentas, ni los pedidos de libros, ni el mantenimiento de la tienda, ni mi vida». En su día, había estado muy unido al chico, como él lo llamaba, pero su relación había cambiado de manera significativa y sin una razón clara desde el cuadragésimo cumpleaños de este. Por desgracia, no le quedaba más remedio que dejar que su hijo siguiera trabajando en la librería, ya que no podía permitirse pagarle un salario competitivo a un empleado y el chico, que había dejado el Williams College a mitad del primer curso por motivos «mentales», no conseguiría otro empleo: «¡La paternidad es una trampa trágica! Y mi esposa y yo habíamos sido tan felices en nuestra inocencia, tiempo atrás». Neuhaus se estremece al recordarlo.

«Mientras Rackham hablaba en voz baja, tuve la súbita fantasía de que el hijo entraba corriendo en el despacho blandiendo un hacha de mano contra nosotros… Me quedé helado de miedo, estaba aterrorizado por completo… Juro que hasta veía el hacha… Era como si la librería estuviera encantada por algo que aún no había sucedido».

«Encantada por algo que aún no había sucedido». A pesar del calor de la chimenea, yo también estoy helado de miedo. Vuelvo la cabeza por encima del hombro para comprobar que la puerta, o más bien el panel móvil, está cerrado. Nadie se abalanzará sobre nosotros aquí, en el sanctasanctórum de Aaron Neuhaus, blandiendo un hacha…

Con sorbos nerviosos, he ido tomándome el capuchino, que se ha enfriado un poco. Me está resultando un tanto difícil tragarlo, tengo la boca extrañamente seca, quizá por la angustia. El sabor del capuchino es extraordinario: fuerte, oscuro, delicioso. Es la leche espumosa lo que lo hace tan especial, y Neuhaus comenta que no es leche normal, sino de cabra, para darle un sabor más intenso.

El librero continúa: «Fue a Milton Rackham a quien le compré la colección completa de William Roughead que, por alguna excéntrica razón,

tenía guardada bajo llave en un armario al fondo de la librería. Le pregunté por qué esa maravillosa colección de libros estaba escondida, por qué no estaba expuesta en un lugar prominente y a la venta, y Rackham me contestó con frialdad, con aire de reproche: "No todo está a la venta en la vida de un librero, señor". De repente, sin previo aviso, el anciano caballero pasó a mostrarse hostil conmigo. Su tono me dejó perplejo».

Neuhaus guarda silencio un instante, como si todavía estuviera perplejo hasta cierto punto.

«Al final, Rackham terminaría revelándome que atesoraba otras primeras ediciones de gran valor, algunas de las cuales acabo de mostrarle: los artículos de la "edad de oro", que adquirí como parte de las existencias de la tienda, y la primera edición de *Los misterios de Udolfo*, que, en su desesperación por vender, prácticamente me regaló. Y una colección de mapas y globos terráqueos antiguos, un revoltijo sin catalogar en la primera planta; era una colección que había heredado, dijo, del librero anterior. No pude resistir la tentación de preguntarle por qué iba alguien a mantener ocultos unos objetos tan valiosos, y Rackham me contestó, de nuevo con voz hostil: "Los caballeros no desnudamos así nuestra alma, ¿verdad? ¿O usted sí?"».

Resulta asombroso que, cuando Neuhaus imita la voz de su predecesor, me parezca —casi— oír la voz de otro.

«¡Qué hombre tan extraño! Y, sin embargo, en cierto sentido (un sentido que hasta ahora nunca le había explicado del todo a nadie), Milton Rackham ha llegado a parecerme una especie de figura paterna en mi vida. Había empezado a considerarme una especie de hijo, o de salvador, puesto que su propio vástago se había vuelto en su contra».

Neuhaus parece pensativo, como si estuviera recordando algo desagradable. Y yo me siento ansioso, estoy deseando que mi compañero devore la maldita trufa de chocolate como sin duda anhela hacer.

«Charles, el que se adelanta a su historia es un mal narrador, pero tengo que decirle, antes de continuar, que mi visión del "taciturno" hijo de Rackham asesinándolo con un hacha resultó ser profética…, es decir, cierta. Ocurriría justo tres semanas después de que yo entrara por primera vez en la librería, en un momento en el que Rackham y yo estábamos negociando la venta de la propiedad, sobre todo por teléfono. Yo no estaba ni siquiera cerca de Seabrook y recibí una llamada pasmosa…».

Neuhaus se pasa la mano por los ojos mientras niega con la cabeza.

¡Es una revelación sorprendente! Por algún motivo, me deja bastante

desconcertado. Que un librero fuera asesinado en este edificio, aunque no fuese en esta misma habitación, y a manos de su propio hijo… es un tanto chocante.

—Entonces, ¿Misterios, S. A. está encantada de algún modo?

Mi pregunta es incierta.

Neuhaus se ríe con cierto desprecio.

—Encantada… ¿ahora? Claro que no. Misterios, S. A. es una librería de gran éxito, incluso una leyenda en Nueva Inglaterra entre las de su género. Usted no lo sabe, Charles, porque no se dedica al oficio.

Estas palabras no son tan bruscas como podría parecer, pues Neuhaus me está sonriendo como se sonríe a una persona tonta o desinformada a la que se le profesa cierto cariño y a la que se perdona con rapidez. Y le doy la razón de buena gana: no me dedico al oficio.

«La historia es aún más terrible, porque el asesino, el "chico" trastornado, consiguió también suicidarse en el sótano de la tienda, un lugar muy oscuro, húmedo y aún hoy con aspecto de calabozo que intento evitar todo lo posible. (¡Hablando de lugares "encantados"! Ese debe de ser el sitio, no la librería en sí). Parece que el hacha de mano estaba demasiado desafilada para la tarea, así que el "chico" se cortó el cuello con un cúter, uno de esos objetos afilados como cuchillas que no pueden faltar en ninguna librería». Con aire despreocupado, Neuhaus estira la mano para coger un cúter que hasta ahora permanecía sobre su escritorio, oculto a mi vista tras una pila de galeradas encuadernadas; como si, a alguien que no se dedica al «oficio», hubiera que enseñarle lo que es un cúter. (Aunque estoy bastante familiarizado con los cúteres, resulta un tanto sorprendente ver uno en este despacho tan elegantemente amueblado… ¡sobre la mesa de Aaron Neuhaus!). «Tras esta doble tragedia, la propiedad pasó a manos de un banco, ya que pesaba sobre ella una hipoteca considerable. Logré completar la compra en cuestión de semanas, por un precio bastante razonable, ya que nadie más parecía quererla».

Neuhaus se ríe con expresión sombría.

«Como ya le he dicho, me he adelantado un poco a mi historia. Hay más cosas interesantes que contar acerca del pobre Milton Rackham. Le pregunté cómo había llegado a saber de esta librería de Seabrook y me contestó que la había descubierto "por pura casualidad" en el otoño de 1957: iba conduciendo por la costa camino de Maine y se detuvo en Seabrook, en High Street, donde se topó con la librería; se llamaba Libros de Misterio y Papelería Slater. "¡Era toda una visión! Las ventanas en

voladizo relucían al sol y todo el bloque de casas de piedra rojiza era muy atractivo". Una buena parte de los productos de Slater eran artículos de papelería, de bastante calidad, y otros objetos de ese tipo, pero también había una excelente colección de libros de tapa dura y de bolsillo; no solo los habituales libros populares, sino también títulos algo esotéricos, de Robert W. Chambers, Bram Stoker, M. R. James, Edgar Wallace, Oscar Wilde (*Salomé*), H. P. Lovecraft. Al parecer, Slater admiraba en especial a Erle Stanley Gardner, Rex Stout, Josephine Tey y Dorothy L. Sayers, escritores a los que también admiraba Milton Rackham. Las estanterías de caoba desde el suelo hasta el techo ya estaban allí, ebanistería que costaría una fortuna en aquella época, como volvió a comentar Rackham. Y había cosas curiosas e interesantes almacenadas en la tienda: mapas antiguos, globos terráqueos… "Una especie de tesoro escondido, como en el desván de un pariente anciano en el que uno podría pasarse las largas tardes de lluvia bajo un hechizo". Rackham me dijo que se paseó por la tienda con "creciente entusiasmo", sintiendo que, en cierto modo, ya la conocía; a través de una ventana, miró hacia el océano Atlántico y sintió "la emoción de su gran belleza". De hecho, Milton Rackham terminaría diciéndome que, en cuanto había visto la librería, había sido "amor a primera vista".

»Resultó que Amos Slater se había estado planteando vender la tienda, que había sido una herencia familiar; aunque, según dijo, seguía "amando los libros y ser librero", ya no lo hacía con la pasión de la juventud, así que esperaba retirarse pronto. El joven Milton Rackham se quedó atónito ante aquel golpe de suerte. Tres semanas después, con el apoyo entusiasta de su esposa, le hizo una oferta por la propiedad a Amos Slater y este la aceptó casi de inmediato».

Neuhaus habla con asombro, como un hombre que cuenta una historia un tanto fantástica que espera que sus oyentes se crean, puesto que es importante que se la crean.

«"Mi esposa tuvo un leve presentimiento —es Milton Rackham el que habla— acerca de que quizá algo iba mal, pero no le presté atención. Por aquel entonces, no me preocupaba nada: estaba enamorado de mi adorable y joven esposa y entusiasmado ante la perspectiva de abandonar la beata Harvard (donde no tenía muchas esperanzas de conseguir la titularidad) y dedicarme a una vida más pura, como yo la consideraba, dentro del gremio de los libreros. Así pues, Mildred y yo solicitamos una hipoteca a treinta años e hicimos el pago inicial a través del agente inmobiliario, y en nuestra primera visita a la tienda como nuevos propietarios, cuando Amos Slater

nos entregó las llaves del edificio, mi esposa le preguntó con ingenuidad cómo había llegado a convertirse en propietario de la librería, y Amos le contó una historia de lo más inquietante, como quien está deseando desahogarse…".

»"Libros Slater —es Amos Slater el que habla, según me lo relató Milton Rackham— había sido fundada por su abuelo Barnabas en 1912. El abuelo de Slater era un 'amante de los libros, más que de la humanidad', aunque uno de sus amigos literarios era Ambrose Bierce, quien presuntamente animó a Barnabas a escribir ficción. Slater le contó a Rackham la extraña historia de que a los once años había tenido una 'poderosa visión': al pasar por la librería de su abuelo un día después del colegio, se había encontrado la tienda vacía, 'Ni clientes ni dependientes ni el abuelo', o eso pensé. Pero entonces, mientras buscaba a mi abuelo, entré en el sótano, encendí una luz y… allí estaba mi abuelo, colgado de una viga, con el cuerpo recto de una forma extraña y muy quieto; con la cara, gracias a Dios, mirando hacia otro lado, aunque no cabía duda de quién era. Durante un largo rato me quedé paralizado, no daba crédito a lo que estaba viendo. Ni siquiera podía gritar, de lo asustado que estaba… Mi abuelo Barnabas y yo no estábamos muy unidos. Él apenas solía prestarme atención, salvo para decirme con sorna: '¿Es un niño o una niña? ¿Qué es?'. El abuelo Slater era un hombre extraño, como decía la gente: irritable, pero también bastante frío y distante; apasionado en algunas cosas, pero indiferente a la mayoría; decidido a convertir su librería y papelería en un éxito, pero despectivo con la mayor parte de los clientes, y muy cínico respecto a la naturaleza humana. Al parecer, había arrastrado una escalera de mano hasta debajo de la viga del sótano, se había atado una soga de cáñamo al cuello, se había encaramado a la escalera y la había tirado al suelo de una patada… Debió de sufrir una muerte horrible, estrangulada, jadeando, pataleando y retorciéndose durante muchos minutos… Ver el cuerpo ahorcado de mi abuelo fue uno de los sustos más terribles de mi vida. No sé muy bien lo que ocurrió… Me desmayé, creo… Luego me obligué a arrastrarme hasta la escalera del sótano y a subirla, corrí en busca de ayuda… Recuerdo que grité en High Street… La gente acudió a ayudarme, los llevé al interior de la tienda y bajamos al sótano, pero allí no había nadie, ni la cuerda colgando de la viga ni la escalera de mano volcada. Una vez más, fue uno de los mayores sobresaltos de mi vida; solo tenía once años y no entendía lo que estaba ocurriendo… Al final, encontraron al abuelo a unas cuantas puertas de allí, en el Bell, Book & Candle *Pub*,

tomándose un oporto tranquilamente y disfrutando de un almuerzo tardío a base de codillo de cerdo y chucrut. Había pasado la mayor parte del día haciendo inventario, dijo, en la primera planta de la librería, y no había oído ningún alboroto'.

»El pobre Amos Slater nunca se recuperó del todo del trauma de ver el cuerpo ahorcado de su abuelo en el sótano de la librería o, más bien, de la visión del cuerpo ahorcado; eso creían todos los que lo conocían…".

»Milton Rackham me contó que Amos Slater lo había informado de que el abuelo Barnabas había sido una persona "taimada" que estafó a socios comerciales, sedujo y traicionó a ingenuas y virginales mujeres de Seabrook y, según lo acusó más de una vez, les "sisó" sus ahorros; había acumulado una colección de primeras ediciones y libros raros, incluido un ejemplar de *Wieland*, de Charles Brockden Brown, tesoros que aseguraba haber comprado en subastas y ventas de herencias, pero algunos observadores creían que se había aprovechado de viudas consternadas y herederos desconsolados, o quizá que los había robado directamente. Barnabas se había casado con una mujer pudiente de la zona, varios años mayor que él, con la que era cruel y represivo y que había muerto a los cincuenta y dos años por causas "sospechosas". No había nada probado, según le habían dicho a Amos Slater. "Cuando era pequeño, tuve que ser testigo de lo intimidado que mi padre se sentía por mi abuelo Barnabas, que se burlaba de él diciendo que 'no era lo bastante hombre' para plantarle cara. '¿Dónde está el hijo y heredero que merezco? ¿Quiénes son estos peleles que me rodean?', decía el anciano lleno de rabia. El abuelo Barnabas era de los que les gastaban bromas pesadas a amigos y enemigos por igual; tenía una chanza en especial desagradable que consistía en darle a la gente dulces aderezados con laxantes… En una ocasión, nuestro pastor de la iglesia episcopal de Seabrook se vio aquejado de una terrible diarrea durante el servicio dominical a consecuencia de la tarta de ciruela que Barnabas les había regalado a su familia y a él; en otra ocasión, mi madre, que era nuera del abuelo, se puso mortalmente enferma tras beber sidra de manzana mezclada con el insecticida que mi abuelo le había echado, o eso se sospechaba. (Más tarde, el abuelo admitió haber echado 'solo unas gotas' de DDT en la sidra que bebería su nuera; no sabía que era DDT, sostuvo, sino que pensaba que era un laxante líquido. 'En cualquier caso, no pretendía que fuera mortal'. Y extendió los dedos y se echó a reír; oírlo fue escalofriante). Sin embargo, Barnabas Slater sentía un 'amor obsesivo' por los libros, los de misterios detectivescos y los de asesinatos, y se decía que él

mismo había intentado escribir ficción al estilo de Edgar Allan Poe".

»Amos Slater le dijo a Rackham que había querido huir de Seabrook y del espantoso legado de Barnabas Slater, pero, por algún motivo, no había tenido más remedio que hacerse cargo de la librería de su abuelo: "Cuando el abuelo murió, me designó heredero en su testamento. Para entonces mi padre ya estaba enfermo y no sobreviviría mucho tiempo más. Me sentí resignado y acepté mi herencia, aunque sabía que una herencia así era como una lápida… Si la lápida se desplomaba y no eras capaz de salir de la tumba en la que te habían enterrado de forma prematura, como a una de esas víctimas de Poe… Otra cosa cruel que mi abuelo presumía de hacer (quién sabe si el malvado anciano decía la verdad o solo esperaba disgustar a sus oyentes) era la experimentación con toxinas exóticas: extraer de unas ranas venenosas una sustancia que era un líquido lechoso incoloro, insípido e inodoro que podía añadirse a líquidos como el chocolate caliente y el café sin que se detectara… Esas ranas son conocidas como ranas venenosas de dardo y se encuentran en Estados Unidos, en los Everglades de Florida, por lo que se dice…

»El veneno de esa rana es tan raro que ningún forense ni patólogo podría identificarlo, aunque hubiera sospechas de un acto delictivo, aunque no era probable que las hubiera. Los síntomas de la víctima no despertaban sospechas. En cuestión de minutos (según se jactaba el abuelo), el veneno empieza a atacar el sistema nervioso central: el afectado tiembla, se estremece y parece que no puede tragar, puesto que tiene la boca muy seca; pronto empiezan las alucinaciones; y la parálisis y el coma; al cabo de ocho o diez horas, los órganos del cuerpo empiezan a colapsar, primero despacio y luego con rapidez, momento en el que la víctima ya está inconsciente y no se da cuenta de lo que le está sucediendo. El hígado, los riñones, los pulmones, el corazón, el cerebro… todo colapsa desde el interior. Si se observa, la víctima parece estar sufriendo algún tipo de ataque, un ataque cardíaco, una apoplejía, un 'desmayo'… No hay síntomas gastrointestinales ni horribles ataques de vómitos. Si se hace un lavado de estómago, no hay nada, no hay 'intoxicación alimentaria'. La víctima se desvanece sin más. Es una muerte compasiva, para lo que suelen ser las muertes"».

Aaron Neuhaus se queda callado un instante, como si las palabras que está relatando, con aparente precisión, de recuerdos de tiempos muy lejanos, le resultaran casi demasiado que asimilar.

«Luego, Milton Rackham continuó: "Lo irónico es que, de acuerdo con Slater, después de una larga y sorprendentemente exitosa vida como

vendedor de libros de calidad en una ciudad pequeña, Barnabas Slater terminó ahorcándose, se supuso que a causa del aburrimiento y el autodesprecio, a la edad de setenta y dos años, en el sótano de Libros Slater, tal como su nieto Amos lo había imaginado. Esparcidas bajo su cuerpo colgante, se hallaron las páginas, mecanografiadas con gran cuidado y corregidas con profusión, de lo que parecían ser varias novelas de misterios detectivescos; nadie se tomó jamás la molestia de cotejar las páginas y leerlas. La decisión familiar fue enterrar los manuscritos inéditos con el abuelo".

»¿No es asombroso este relato? ¿Había oído alguna vez algo tan extraño, Charles? En la vida real, quiero decir. El pobre Milton Rackham me lo contó con toda solemnidad, tal como se lo había oído a Amos Slater. Comprendí que Rackham fuera un manojo de nervios: ¡le preocupaba que su hijo ejerciera la violencia contra él y tenía que lidiar con el hecho de ser el dueño de una librería en la que un propietario anterior se había ahorcado! Después pasó a decir, como Slater le había dicho a él, que el consenso en Seabrook era que nadie sabía si Barnabas había llegado a envenenar mortalmente a alguien (había gastado sus bromitas con laxantes e insecticidas), pero la toxina de la rana venenosa de dardo era menos evidente. Aunque es cierto que, de vez en cuando, moría gente de la familia Slater por "causas naturales" un tanto misteriosas. Varias personas que conocían bien a Barnabas aseguraban que el viejo solía decir a menudo que hay seres humanos tan viles que no merecen vivir; pero también decía, con un guiño malicioso, que en ocasiones "erradicaba" a la gente sin ninguna razón en particular. "Buenos, no tan buenos, malos": el asesino clásico no discrimina. Barnabas admiraba de un modo especial el ensayo de De Quincey *Del asesinato considerado como una de las bellas artes*, que hace hincapié en que no se necesita ninguna razón para asesinar, en que, de hecho, tener una razón es ser bastante vulgar, y eso creía también Barnabas. Disculpe, ¿Charles? ¿Le pasa algo?

—Vaya, estoy… estoy totalmente confundido…

—¿Ha perdido el hilo? Mi predecesor fue Milton Rackham, a quien le compré esta propiedad; su predecesor fue Amos Slater, a quien él, Rackham, le compró la propiedad, y el predecesor de este fue un caballero llamado Barnabas Slater, que al parecer se ahorcó aquí, en el sótano; por eso, como le he mencionado hace unos minutos, trato de evitar ese dichoso lugar todo lo posible. (¡Hago que mis empleados bajen por mí! A ellos les da igual). Creo que usted ha reaccionado a la filosofía de Barnabas Slater de

que no se requiere ninguna razón para cometer un asesinato, y aún menos para el asesinato como una «forma de arte».

—Pero ¿por qué iba a matar alguien sin razón?

—¿Por qué iba a matar alguien por alguna razón? —Neuhaus sonríe con elocuencia—. Me parece que el abuelo de Slater, Barnabas, podría haber extraído la esencia del «misterio» de la vida, como se decía que había extraído el veneno de la rana venenosa. El acto de matar es completo en sí mismo y no requiere ningún motivo, como cualquier obra de arte. Sin embargo, si uno busca una razón, es probable que mate para protegerse, para proteger su territorio. Nuestros antepasados temían a los enemigos y desconfiaban de ellos, de los extraños; eran «xenófobos», «paranoicos». Si un extraño entra en tu territorio y se comporta con intenciones siniestras, o incluso se comporta sin intenciones siniestras, es probable que uno haga mejor despachándolo que intentando comprenderlo y quizá cometiendo un error fatal. En el pasado lejano, antes de que Dios fuera amor, tales errores podían llevar a la extinción de toda una especie, de modo que el *Homo sapiens*, la especie preventiva, prefiere equivocarse por exceso de precaución, no por falta de precaución.

Esas palabras pronunciadas por mi afable compañero en un tono de voz pragmático me dejan del todo desconcertado. ¡Y esa sonrisa! Qué infantil y magnánima es. Casi no puedo hablar, pero tartamudeo sin fuerzas:

—Esa… esa es… una afirmación sorprendente viniendo de usted… Aaron. Es una afirmación un tanto cínica, en mi opinión…

Aaron Neuhaus sonríe como si, una vez más, yo fuera una persona tontísima a la que debe llevarle la corriente.

—No es «cínica» en absoluto, Charles, ¿por qué piensa así? Si es aficionado a la narrativa de misterios detectivescos y asesinatos, sabe que alguien (muchas personas, en realidad, y muchas de ellas «inocentes») debe morir por el bien del arte, por el bien del misterio. Esa es la base de nuestro negocio: Misterios, S. A. Algunos somos libreros, otros somos consumidores o somos consumidos. Pero todos tenemos nuestro lugar en el noble oficio.

Noto un pitido en los oídos. Tengo la boca tan seca que me resulta casi imposible tragar. Me castañetean los dientes porque tengo mucho frío. Salvo por los restos espumosos, mi segunda taza de capuchino está vacía; la he dejado sobre el escritorio de Neuhaus, pero con tales temblores que casi se cae.

Neuhaus me observa con detenimiento y una expresión preocupada en

los ojos. Sobre su escritorio, el cuervo tallado en ébano también me mira. ¡Qué ojos tan agudos! Estoy tiritando a pesar del calor del fuego. Tengo mucho frío, aunque la barba de las mandíbulas me da mucho calor. Estoy pensando que debo protegerme: la caja de trufas de chocolate Lindt es mi arma, pero no tengo claro cómo utilizarla. Varias de las trufas de chocolate han desaparecido, pero, por lo demás, la caja está llena; aún quedan muchas por comer.

Sé que me han despachado. Tengo que irme, ya es hora.

Estoy de pie. Pero me siento débil, irreal. El librero me acompaña hasta el exterior de su despacho murmurando con gentileza:

—¿Ya se va, Charles? Sí, se está haciendo tarde. Quizá pueda volver en otro momento y para que hablemos de sus compras. Y traiga un cheque, por favor. ¡Cuidado con las escaleras! Las escaleras de caracol pueden ser traicioneras.

Mi compañero ha sido muy amable incluso al despacharme y me ha puesto el maletín en las manos.

¡Qué ganas tengo de salir de este lugar infernal y sin aire! Estoy aferrado a la barandilla de la escalera de caracol, pero me cuesta bajarla. Como una rosa oscura, un vértigo se me abre en el cerebro. Tengo la boca sequísima y también muy fría y entumecida: noto la lengua como si estuviera hinchada y sin sensibilidad. Mi respiración es cada vez más rápida y, sin embargo, no me llega oxígeno al cerebro. En la penumbra, me parece que las piernas me fallan y caigo —estoy cayendo, indefenso como un muñeco de trapo— por el resto de la escalera metálica, retorciéndome de dolor.

Por encima de mí, dos pisos más arriba, un hombre me llama con lo que parece auténtica preocupación:

—¿Charles? ¿Se encuentra bien? ¿Necesita ayuda?

—¡No! No, gracias… No…

Mi voz es ronca, y mis palabras, apenas audibles.

Fuera, el viento frío y fuerte del océano me reanima de forma temporal. Siento el olor y el sabor del mar. ¡Gracias a Dios! «Ahora se me pasará —pienso—. Ahora estoy a salvo, escaparé…». Me he dejado los bombones Lindt, así que tal vez —(ahora los pensamientos del depredador surgen con frenesí)— el veneno produzca su efecto, tanto si soy capaz de beneficiarme de él como si no.

En el aire helado de mi vehículo, con los dedos entumecidos, estoy embutiendo una llave deforme en la ranura del contacto, que parece ser

demasiado pequeña para ella. ¿Cómo es posible? No lo comprendo.

Aun así, al final, como en un sueño de persistencia tenaz, la llave entra en la ranura y el motor cobra vida a regañadientes.

En paralelo al Atlántico lunático, conduzco por una autopista de dos carriles. Si estoy conduciendo, debo de estar bien. Mis manos agarran el volante que parece estar moviéndose —maravillosamente— por voluntad propia. Me está floreciendo en el cerebro, en la médula espinal, en todos los nervios del cuerpo, una parálisis extraña, feroz, gélida, que me fascina tanto que se me empiezan a cerrar los ojos para saborearla.

¿Estoy dormido? ¿Estoy durmiendo mientras conduzco? ¿Acaso nunca he salido del lugar en el que habito y he soñado mi visita a Misterios, S. A. en Seabrook, Nuevo Hampshire? He tramado mi agresión al legendario Aaron Neuhaus de Misterios, S. A., he inyectado las trufas de chocolate con la cautela de un cirujano malévolo, ¿cómo es posible que tal vez fracase? No puedo fracasar.

Pero ahora me doy cuenta —para mi horror— de que no tengo ni idea de hacia dónde estoy conduciendo. Tendría que dirigirme hacia el sur, creo, el Atlántico tendría que estar a mi izquierda. Pero las frías aguas relucientes de luna lamen ambos lados de la autopista a una altura peligrosa. Las olas agitadas han empezado a cruzar a toda velocidad la carretera en la que no tengo más remedio que adentrarme.

JOYCE CAROL OATES (Nueva York, 1938). Es una de las grandes escritoras estadounidenses de todos los tiempos. Eterna candidata al Nobel de Literatura, es autora de un centenar de libros, entre novelas, colecciones de cuentos, volúmenes de poesía, obras de teatro y ensayos. Algunas de sus obras han sido finalistas del Premio Pulitzer y ha obtenido, entre otros, el National Book Award, el Premio O. Henry, el Bram Stoker Award y el Prix Fémina. En 2011 recibió la National Humanities Medal, el más alto galardón civil del gobierno estadounidense en el campo de las humanidades. Asimismo, es profesora emérita de la Universidad de Princeton.